



INTRODUCCIÓN AL DOSSIER
DOI: 10.17151/rasv.2022.24.2.1

Introducción

Introduction

OSCAR CALAVIA SÁEZ

Programa de Posgrado en ciencias sociales.
École Pratique des Hautes Études EPHE SSR, París, Francia.

✉ oscar.calavia-saez@ephe.psl.eu

ORCID: 0000-0001-7795-2577

JULIETA GAZTAÑAGA

Doctora en Antropología Social. Profesora adjunta.
Universidad de Buenos Aires, CONICET, Argentina.

✉ julieta.gaztanaga@conicet.gov.ar

ORCID: 0000-0002-1135-1864

📄 Google Scholar

El anarquismo revive tras haber sido relegado durante mucho tiempo a un cuidadoso olvido, al menos desde la segunda mitad del siglo XX. Colectivos de militantes reivindican la anarquía, los mandatarios vuelven a llamar “anarquistas” a los descontentos y el anarquismo vuelve a significar algo en el mundo universitario. En particular, en la antropología. Y eso por obra, entre otros, de David Graeber, a quien la Universidad de Caldas dedicó en 2020 un homenaje en cuyo seno este dossier ha tenido origen. Efectivamente, el proceso de producción de este número fue motorizado a partir de un ciclo de charlas organizadas por la Universidad de Caldas y la *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, a modo de homenaje a David Graeber, cuya muerte aconteció repentinamente el 2 de septiembre de ese año, en Venecia (Italia), a los 59 años y en un momento álgido de su prolífica carrera académica y compromiso activista.

¿Anarquista, la antropología? ¿Cómo, si prácticamente todas las generaciones vivas en la profesión se han formado oyendo hablar de la antropología como un discurso colonial y un expolio de la palabra del

Cómo citar este artículo:

Calavia, O. y Gaztañaga, J. (2022). Introducción. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 24(2), 9-13.
<https://doi.org/10.17151/rasv.2022.24.2.1>



Otro? Ese Otro que en la inscripción textual sigue siendo muchas veces “informante”, en una clara afinidad con la terminología policial. Y, nótese, el anarquismo antropológico no parece derivar de esas décadas de autocrítica y de epistemología cariacontecida. No que sea ajeno a ensayos etnográficos innovadores, pero su inspiración principal parece venir mayoritariamente de experiencias de investigación más bien clásicas: trabajos de campo entre cazadores-recolectores, estudios sobre etnias remotas, sobre la herencia histórica de monarquías sagradas y de regímenes de esclavitud.

Se sugiere a veces que es la antropología como tal –su aproximación a sociedades sin Estado o contra el Estado, a otros mundos posibles– la que contiene anarquismo, más que la actitud o la militancia de sus practicantes. ¿Qué es, a fin de cuentas, una antropología anarquista, un antropólogo o antropóloga anarquista? (detalle alarmante, no se ven mujeres en las listas habituales de antropólogos anarquistas). A diferencia de otras tendencias que han compartido con él el espacio del pensamiento radical de los dos últimos siglos, el anarquismo no se ha esmerado en definir ortodoxias: no hay “línea correcta”, no hay “anarquismo científico”. No faltan, sin embargo, las exigencias de autenticidad: ¿Hay anarquismo sin acción? ¿Un anarquismo puramente intelectual es anarquismo? ¿Un anarquismo pesimista, que ve la sumisión como un hecho histórico irreversible, es anarquismo o no pasa de un manierismo estetizante? ¿Hay una analítica etnográfica del anarquismo aun cuando los colectivos, movimientos, formas de protesta no se identifican con esa denominación, e inclusive la rechazan? ¿Y qué decir de un gran nombre de la profesión que alguna vez se autodefinió como un “viejo anarquista de derechas”? ¿Y de las profesiones de fe primitivistas, o de la vinculación entre la vocación libertaria y el ejercicio de la violencia (véase Clastres, un pionero)? ¿O, en el otro extremo, de esa especie de posibilismo que consiste en articular contrapoderes en los mismos medios –redes sociales, por ejemplo– que sostiene el capitalismo global? El anarquismo, ¿está en las ideas, en el método, en el temperamento intelectual, en el compromiso?

Este número de la revista no ha pretendido definir ese anarquismo, cuyos partidarios, en su mayor parte, preferirían no definir; pero sí querría esbozar su mapa. Saber en qué puntos de la actividad antropológica surge el anarquismo, con qué concepciones y con qué proyectos; discutir también, qué conexiones y qué alianzas se pueden trazar entre esos puntos. Para ello, proponemos pensar en términos de “anarquismos comparados”, haciendo lugar a una forma relacional de la pluralidad (¿anarquista?) de la relevancia social de los anarquismos y con base en una noción ampliada de comparación, en tanto que empresa teórica y metodológica

—más o menos sistemática, entre casos o al interior de los mismos, en su forma básica o cognitiva o como proyectos de establecimiento de generalización a partir de la construcción de variables seleccionadas, etc.— y en tanto que forma de interrogación sobre el mundo que, a los efectos de esta convocatoria, resulta indisociable de las maneras en que se ha venido trazando la afinidad entre anarquismo y antropología.

Los artículos que conforman el dossier asumen de maneras diferentes dicho desafío y buscan cada uno, a su modo, dar una continuidad-en-la-tensión (como no podría ser de otra manera si lo que nos convoca en pensar al anarquismo), el ánimo plural de la convocatoria. Así, por un lado, algunos se vuelcan más directamente a reflexionar en torno de la propuesta de una antropología anarquista y el anarquismo qua antropología, en los términos sugeridos por David Graeber; mientras que otros proponen pensar al anarquismo en un ejercicio de comparación, dejando que la pluralidad sea la que oriente las discusiones sobre la relevancia social de los anarquismos en el mundo actual. Los artículos se mueven, así, entre estos dos ejes y contribuyen de maneras originales a esbozar el mapa del anarquismo y su bitácora en la actividad antropológica. Ensayos, elaboraciones conceptuales, propuestas analíticas y análisis empíricos situados con temporalidades y contextos socioculturales diversos; todos, de una u otra forma, comparten el hecho de dinamizar nudos argumentales que catalizan creativamente el rango de posibilidades del anarquismo y de la antropología.

En las páginas que siguen, presentamos algunos de los trabajos que respondieron a esa convocatoria. Como era de esperarse, son muy diversos en cuanto a su recorte del asunto, su localización (o deslocalización) temática o geográfica, y también en su concepto de lo que puede significar la inspiración anarquista en la antropología.

En el artículo inicial, Julieta Gaztañaga ofrece un ensayo para reflexionar sobre la antropología de David Graeber y revela lo fútil de la separación entre sus obras académicas y obras políticas. ¿Puede la erudición antropológica y etnográfica ser narrada en un lenguaje incisivo pero accesible a todo público? ¿Puede esta antropología arrojar claves, no solo para recuperar tradiciones clásicas, sino también para abrigar el cuestionamiento de lo que siendo podría ser de otro modo? A partir de seleccionar tres fuentes de la reflexión graeberiana —parafraseando un viejo texto de Lévi-Strauss que sitúa a la antropología como una heredera rebelde del humanismo clásico—, la autora propone examinar las relaciones entre la creatividad social, la imaginación y el placer político en conexión con problemas sociales concretos e identificando nuevos

tópicos (fetichismo, valor, democracia y política prefigurativa) para una apropiación creativa de esta antropología.

En el trabajo de Gaya Makaran y Cassio Brancaleone se aboca el acercamiento entre la perspectiva anarquista y las experiencias de la autoorganización y autonomía indígenas y populares en América Latina. La relación entre el anarquismo y las “prácticas anárquicas” de los sectores subalternos tienen un contexto complejo y una tradición de luchas comunes. En el caso latinoamericano, la alianza sui géneris “anarco-indígena-popular” ha enfrentado al Estado y al capital, colonial, racista y patriarcal; y también ha recuperado prácticas alternativas no-heteronómicas compartidas. Para comprender el vínculo anarquismo/“anarquías empíricas”, recuperan los aportes de la denominada “antropología libertaria” sobre prácticas libertarias en las sociedades, ya que permiten evitar la romantización “primitivista” y desmitificar conceptos como orden y progreso, conceptualizar la anarquía como un proyecto político deseable y reflexionar sobre la militancia propia.

El artículo de Juan Sebastián Lozano-Andrade se pregunta por la posibilidad de un Arte que no sea función del poder. Pregunta nada trivial, porque el arte como actividad sui géneris y el artista como profesional se generaron en el Templo o el Palacio; y aún los actuales movimientos de contestación suelen encarar el arte como un medio de empoderamiento. ¿Sería posible devolver el arte al seno de las relaciones sociales, como un mediador entre otros, a una dimensión horizontal, a espacios intermedios de cooperación y solidaridad? ¿Mantiene su fuerza el arte si se desvincula del Poder, del atractivo que le otorga ser fruto de sujetos aparte, que se mueven en un mundo aparte, que se forman y exhiben sus obras en lugares sacralizados –las academias, los museos, las exposiciones, las galerías–? Esas indagaciones han dado lugar a una literatura considerable, de la que este artículo nos ofrece un valioso resumen.

Felipe Pachón-Castellanos y César Felipe Vargas-Villabona aportan a la reflexión en torno de la relación entre la investigación académica y la militancia, con un planteamiento acerca de la “anarqueología”, en tanto disposición igualitaria y libertaria en posturas teórico-prácticas no necesariamente afines al movimiento anarquista. A partir del término de raigambre foucaultiana, problematizan las ásperas afinidades entre anarquismo y antropología y se preguntan acerca de la igualdad, la traducción de saberes y práctica etnográfica sin sometimiento o correspondencia; el vínculo saber/poder como ensamblaje manchado, poroso, en lugar de dicotómico, y el potencial de una visión heurística de la imaginación. Sugieren, así, que una disposición, sensibilidad y método anárquicos

permiten no solo desnaturalizar las dinámicas del poder y la dominación, sino además evitar el vanguardismo y el instrumentalismo que impiden tender puentes reales entre un proyecto (des)constituyente y la prefiguración de prácticas emancipadoras.

El artículo de Philipp Zehmisch, basado en su trabajo de campo en las Tierras Altas del centro de la India, pone en tela de juicio uno de los imperativos recurrentes de la militancia progresista: el de hacer oír la voz de los subalternos. Salir del silencio –y de la invisibilidad– y pasar a tomar parte en el gran diálogo hegemónico: es eso, parece, lo que posibilitará el acceso a todo lo que aflige al subalterno como tal, de la salud a la educación, pasando por una larga serie de infraestructuras. ¿Pero no es eso lo que se ofrece habitualmente a condición de “dejarse gobernar”? Una estrategia muy común para conservar la autonomía –y el control sobre los medios de vida que la hace posible–, ha sido exactamente la contraria, la de rechazar o eludir esa comunicación, la de mantenerse al margen, o sea en una situación que concita todas las connotaciones negativas en boga. ¿Pero puede haber otros mundos posibles sin otras prioridades? Este artículo busca respuestas en una experiencia de campo.

El texto que cierra el dossier, de Oscar Calavia, se aparta en buena medida de los requisitos de la escritura científica, es más bien un ensayo o un testimonio personal sobre las paradojas de la relación entre antropología y anarquismo. La etnografía nos ha proporcionado ricos ejemplos de pueblos “sin Estado” o incluso “contra el Estado”, capaces sin embargo de poner en pie organizaciones dinámicas y complejas; todos ellos, sin embargo, muy lejos del ambiente “progresista” en que el anarquismo ha nacido, ha crecido y pervive. ¿En qué medida la antropología puede valerse de esa herencia cuando una vocación de compromiso político la sitúa en puestos avanzados de la acción pública? La antropología ejerce su crítica, sobre todo, contra una sociedad afectada por desigualdades y prejuicios que no parece admitir más desafío que el de un Estado filantrópico e ilustrado: ¿Qué lugar le restaría en ese panorama al viejo ideal de una “sociedad contra el Estado”?